

Hacia la verdadera justicia social

Fiesta celebrada en Torelló, al inaugurar como parque público de recreo una finca que, por sus bellezas, es una fuente de salud y alegría

El domingo día 27 se celebró en esta localidad una pequeña fiesta. La primera fiesta desde que se inició la cruenta lucha contra el fascismo. Desde tiempo inmemorial existía una finca enclavada en el interior de esta villa, propiedad de la familia Parrella, cuya única hija en la actualidad era una piadosa señora. Entre algunos adornos personales de valor indiscutible llevaba ella algunos pedazos de ferretería representando escudos y armas antiguas que sus antecesores habían utilizado al natural y sin el menor escrúpulo para hacer entender a sus esclavos y vasallos que los señores eran gentes con privilegios naturales y con dotes de agilidad y buen humor que no conocen los desposeídos. Estos alborotamientos en manos de una persona determinada o familia proviene de la injusticia eterna del fuerte que roba y atropella al débil, del guerrero que con la punta de su espada tinte de rojo con la sangre del pobre ha rasgado la tierra noble y generosa para marcar los límites de sus haciendas y las fronteras de las naciones.

Desde las diez horas de la mañana fueron visitados los espaciosos salones del edificio que como reflejo antípoda de sus pasados dueños llevaba los valores y tesoros artísticos en sus entrañas mientras que para disimular ofrecía exteriormente un espectáculo de covacha o de convento en ruinas. Sus dueños, por el contrario, ostentando siempre las joyas y brillantes al exterior y llevando sus entrañas preñadas de la carcoma de la ruindad más despreciable y al espíritu de rapia más refinado.

De Torelló y contornos no quedó, así puede decirse, una sola persona sin desfilir por este magno edificio que resume todas las arbitrariedades de la Edad Media, quedando encantados de la destreza y diligencia que debieron emplear nuestros hermanos los artistas del pasado para surtir los salones con tantos muebles variados y con matices tan selectos con incrustaciones en marfiles, plata, oro y demás metales que con paciencia inimitable iban limando para ofrecerles servilmente a sus amos y señores.

Quizá no exista en toda la comarca una casa donde puedan reunirse tantos contrastes en belleza y valor por una parte y ostentación y vanagloria por otro. Las dimensiones de los jardines y del bosque que circunda es algo anormal por esta zona; pero no lo es tanto el sentido de ocultación e hipocresía que encierran las murallas exteriores, que presentan al caminante un aspecto de miseria y ruina.

El pueblo se llenó de júbilo al contemplar tantas flores, tantas pequeñas huertas con sus perales repletos de frutos, con sus plantas de tan variadas selecciones como nunca habían presenciado ni maliciado que en su mismo pueblo, cerca de su carcomida ventana, de sus huertos extinguidos por la sequía, había estos vergeles que tanta falta hacían a sus pobres hijos que no podían revolverse en sus angostas casuchas donde se desconoce lo más esencial del progreso y de la higiene.

Por esto fué una verdadera fiesta. Porque el pueblo ha podido comprobar por sus propios ojos que aquello que les habían dicho y repetido siempre los compañeros de la C. N. T. no eran críticas bajas ni tópicos para hacer prosélitos, sino que era la cruda y terrible realidad. ¡Cuántas exclamaciones, cuántas maldiciones salieron de la boca de nuestros conciudadanos en este memorable día de ayer!

Los niños corrieron durante la jornada de uno a otro lado sin dar señales de fatiga, siempre con la sonrisa en los labios, con una sonrisa que parece ha de ser duradera y definitiva como la posesión de aquellas bellezas que de hoy en adelante podrán admirar y disfrutar.

Hubo dos adiciones de escogidas sardanas que interpretaron gratuitamente los compañeros de la cabilia local «Bullis», que fueron halladas afrosamente por la mayoría de las juventudes libertarias, milicianos francos de servicio y muchachas de todos los matices sociales que fueron hasta el 18 de julio y que ahora contra ternizan amable y alegremente con sus camaradas anarquistas. ¡Qué lección, qué cuadro más edificativo, más hermoso, más inolvidable!

El sentido de clases se va extinguiendo tan rápidamente, que en la fiesta de ayer se vivió la sensación de que no queda ni el triste recuerdo, pero que este ejemplo tan excelso ha salido de lo más rico que dispone el pueblo, que son las juventudes.

Por la tarde y al finalizar la audición de sardanas hubo un pequeño mitin en el que tomaron parte dos compañeros del Comité Antifascista de Torelló.

El público, numerosísimo, invadió el campo de tenis, donde se habían dado las audiciones de sardanas, y con el auxilio de varios altavoces que se habían instalado al efecto por los

camaradas de la casa Brunet, de Barcelona, quienes desinteresadamente vinieron a colocarnos, llenaron todos los contornos admirables para oír nuevamente la palabra fuerte y sencilla de los hombres de nuestra invencible Confederación Nacional del Trabajo.

Presidió este acto emocionante el compañero José Pujol, quien en medio de una expectación indescriptible se acercó al micrófono para abrir el acto, expresándose así:

«Camaradas de Torelló y contornos: Salud. Es para mí una satisfacción superior a mis pocas fuerzas emotivas contemplar tantas caras alegres que dirigen hacia mí sus ojos en busca de una palabra de amistad y de justificación del acto que realizamos. Pero, camaradas, para el que sabe comprender no haría falta ningún discurso, porque el hecho de estar aquí congregados todos los ciudadanos, grandes y chicos, sin distinción de clases ni creencias religiosas o políticas, es bastante elocuente para convenir en la célebre frase de Goethe, cuando exclamó: «Sólo el silencio es grande.» Es un acto más de emoción que de oración, de fácil verbo ni de demagogia. Es un acto de coincidencia moral que nos llena a todos del mismo pensamiento y del mismo anhelo, o sea admirar todas cuantas bellezas se reúnen en estos lugares y gozarlas con amor y libertad; pero es mayor la belleza moral que encierra la confraternización espontánea de todo un pueblo, hecho registrado muy pocas veces en la Historia.

Hemos dado al pueblo lo que es del pueblo, y no en calidad de altruistas ni de autoridades, sino en calidad de hermanos mayores que después de una cruenta lucha con nuestro enemigo común hemos conquistado las llaves de un poco de felicidad, y, lejos de vivirla solos, la queremos vivir emotivamente mezclados en medio de la comunidad. No voy a extenderme porque os han de hablar, quizá mejor, algunos compañeros aquí presentes. Cedo la palabra, pues, al compañero Jaime Ruches.»

Este empezó diciendo: Camaradas todos, salud. Los hombres de la C. N. T. hemos venido hoy a dirigiros la palabra, no a hacer proselitismo ni demagogia, sino únicamente a daros cuenta públicamente de que sabemos cumplir nuestras promesas. Hace días os hablamos de que muy en breve el pueblo de Torelló dispondría de un parque de recreo y deporte para todos, y aquí lo tenéis. Hoy se ha abierto para todos y no han de cerrarse las puertas jamás.

Podréis de hoy en adelante llevar del brazo a vuestros queridos hijos, a nuestros queridos hijos, por entre estas hileras de árboles y flores y ofrecerá siempre el dulce espectáculo de que son los hombres, flores que viven y respiran con las flores de la naturaleza nuestras hermanas, porque de todos es nuestra cariñosa madre. Con flores recogíamos a nuestros pequeños, con flores adornaban siempre los senderos por donde entraban triunfalmente los héroes victoriosos, con flores adornan sus pechos las mujeres novias, todos los hombres para exteriorizar sus alegrías y, finalmente, cuando la naturaleza nos llama a su seno nuevamente es con flores también como demostramos nuestros sentimientos de nostalgia y de dolor. Por esto nosotros queremos que viváis y que vivamos entre las flores, empezando desde niños, ya que así inculcaremos el sentimiento de la delicadeza, de la bondad y del amor en el corazón de nuestros tiernos hijos.

He visto con gran disgusto cómo algunos pequeños ostentan uniformes de miliciano con coloreados botones y con armas de madera en miniatura que a vuestros quizá os pongan alegría, pero que a mí me llenan de tristeza y de dolor. No cometáis el grave error de dar tan mal ejemplo a las criaturas acostumbradas a familiarizarse con los uniformes y con las armas. No sembréis en el corazón de las criaturas el sentido de la venganza, del odio ni de la autoridad, porque en el porvenir tendríamos que llorar amargamente estas desviaciones. No temáis que pueda renacer el fascismo entre los hombres por falta de armas ni del sentido de la violencia. Nietzsche decía que «buscando el hombre se encuentra la fiera», y también nosotros hemos demostrado que es una «verdad». Nosotros nunca hablamos llevado armas en nuestros costados, solamente hablamos conocido algo los libros y mucho el peso del trabajo. Y sin embargo, ya veis cómo nos hemos defendido y cómo hemos atacado y cómo vencemos a un enemigo mejor preparado para la lucha y para el mal. También, pues, vencerán nuestros hijos en el porvenir a los posibles enemigos si procuráis que sean fuertes físicamente y sanos moralmente, porque sembrando amor entre los hombres las guerras desaparecerán sobre la tierra y la sangre cesará de mancharles sus conductas.

Me siento feliz cuando contemplo tantos niños saltando alegremente y gozando de las caricias de sus madres respectivas, pero aumenta como contraluz mi angustia pensar que actualmente

en tierras no muy lejanas están muchos niños llorando ante el terror de los bombardeos, llorando la falta de pan, de hogar y de familia. Hace pocos días tuve que contemplar un espectáculo doloroso. En Barcelona vi cómo llegaban seiscientos niños del frente que se refugiaban en nuestra capital huyendo del terror del hambre, del peligro. Iban tristes, flacos, con vestidos abandonados, dando a conocer que las manos cariñosas de sus madres no habían de muchos días podido tocarlos. Muchos de ellos ya no tenían padre y sus madres se habían quedado para auxiliar y animar a los combatientes. Pero ahora me he convencido al contemplar este acto, que si la desgracia ha hecho que no puedan ser estrechados por los brazos de sus padres, aquí podrán ser cuidados y abrazados por sus hermanos, por sus verdaderos hermanos. (Fue inevitable una ovación.)

Y todavía quisiera equivocadamente sembrar en el corazón de nuestros hijos el amor a los uniformes y la violencia, pero espero que rectificareis y substituiréis estas enseñanzas malsanas por el amor al prójimo, por el amor a las flores, a la naturaleza; es decir, por el verdadero amor.

Pasó a hacer uso de la palabra el compañero Esteban Pallarols.

Camaradas —dijo—: Después del acertadísimo parlamento del compañero que me ha precedido en el uso de la palabra, me siento algo emocionado, porque cuando habla el corazón queda paralizado el cerebro. Serán inmensos los beneficios que sacaremos de este pedazo de mundo que hoy queda a nuestras manos si animados de la mayor buena voluntad meditamos serenamente lo que ello representa y hacemos el voto solemne de seguir hacia la felicidad y el porvenir con la misma unión que hoy dejamos patentizada.

Esta viene a ser la primera piedra de la nueva sociedad que construiremos y que hemos de dejar bien asentada, porque ella constituye la base que, si hacemos sólida, permitirá elevarnos a la altura que sea necesario sin temor a que ninguna corriente perniciosa pueda socavarla ni amenazarla en el porvenir. Sentemos como base el amor entre nosotros sin pensar en el pasado y con la vista fija y alta la frente mirando al porvenir. Los hombres, como las hojas en otoño, iremos cayendo pronto en el seno de nuestra madre la Naturaleza y tendremos que ceder nuestros puestos de lucha y trabajo a nuestros sustitutos, que tienen que ser estas tiernas criaturas que vosotros, madres, tenéis en vuestros brazos.

Así como el hortelano, el floricultor y el agricultor que conoce su industria necesita buenos y sanos semilleros y buenos plantíos, nosotros, los hombres, también tenemos que tener sanos y fuertes nuestros plantíos y nuestros semilleros, como especie. Los anarquistas contábamos con estos hechos y preparábamos a nuestras valientes Juventudes Libertarias, que hoy mismo nos están dando su máximo apoyo a pesar de sus contados años, pues tenemos a nuestro lado luchando en los frentes a compañeros que sólo cuentan quince y dieciséis años, que no quita para que combatan con nosotros en valor, arrojo y serenidad.

Estos son los frutos de la preparación constante que hemos llevado a cabo con las mayores dificultades hasta el presente, pero las posibilidades serán imponderables en el porvenir, porque podremos hacer nuestras enseñanzas y nuestras propagandas con libertad.

Pero debemos formar los hombres libres desde la cuna para que ninguna falsa doctrina ningún falso alimento material o moral pueda pervertir su cerebro o su corazón.

Hay que criar los niños entre los jardines, familiarizarlos con las plantas, explicándoles que el aire que respiramos es nuestro primer y más importante alimento, que ellas nos suministran y purifican. Con la respiración comenzamos a vivir y cuando falta ella es cuando dejamos de vivir. Con un soplo de aire empieza la vida y con un soplo se extingue. Sin aire puro y fresco no podrán tener sanos y fuertes pulmones que puedan oxigenar su sangre roja y den a sus tiernos organismos toda la fuerza y energía que necesitan para asimilar los demás elementos que constituyen la nutrición de todas las células que forman sus cuerpecitos. Sin aire puro no hay sangre pura y sin sangre pura no hay organismo sano. «Men sana, in corpore sano». Nada más cierto, camaradas. No es posible que los hombres tengan nobles sentimientos, que tengan equanimidad en sus decisiones, que sean prudentes, reflexivos, creadores ni libertarios si su cuerpo es un antro de putrefacción por herencias morbosas de padres tarados y agotados, víctimas del vicio y de la miseria, que junto con la ignorancia resumen todas las miserias.

Es teniendo en cuenta todos estos antecedentes que nosotros deseamos propagar la necesidad de poner a disposición del pueblo todo aquello que no solamente le pertenece, sino que sabiendo aprovecharlo puede contribuir altamente a su progreso, a su felicidad.

Nada habríamos adelantado, camaradas, con haber hoy inaugurado estos lugares de recreo si mañana no sacáramos de esto todo el provecho que nos ofrece. Es preciso que traigáis aquí vuestros hijos, nuestros hijos, todas las horas que tengáis disponibles apartándolos de las viviendas angostas y antihigiénicas, enseñándoles a correr casi desnudos por entre estas plantas y con sus pies descalzos rozar estas hierbas que con sus caricias al pisarlas facilitan las reacciones de circulación de la sangre y contribuyen a que no se tengan normalmente los pies helados, a pesar de las piezas de lana que equívocadamente los envolvéis, en la creencia de que así los preserváis mejor del frío.

Tenemos necesidad de instalar una piscina pública para que en las horas de buen tiempo, cuando el agua no es demasiado fría, puedan lavarse sus cuerpecitos y luego secarse al sol para que curta sus pieles y siente el saludable pigmento que es el preservativo más eficaz contra todas las enfermedades, contra todas las infecciones.

No creáis, camaradas, que este sentido de inclinación a los hombres y los niños hacia las flores sea cosa inventada por nosotros. No pensamos haber descubierto la cuadratura del círculo ni nada. No hacemos más que copiar lo que ya en siglos pasados han intentado los hombres que nos han precedido en esta tierra. Muchos de vosotros habréis leído lo que fueron en un tiempo los famosos parques y jardines suspendidos de Babilonia. Todos habréis leído lo que eran los grandes jardines de Tebas y Menfis, de Susa, del Cairo y de Alejandría. Todos sabéis que en Grecia había la costumbre de hacer vivir las mujeres que estaban en camino de ser madres entre los paisajes encantadores de aquellas islas de esclavitud y de ensueño. Todos sabéis que en Roma se permitía la práctica del amor entre los árboles de los jardines que por cortos períodos se permitía su entrada, pero hay un hecho esencial que nos hace ver el por qué aquella cultura física y aquella circunstancial convivencia con la naturaleza no ha dado mejores frutos, toda vez que notamos que la raza humana está desvitalizada y decalida en sus ansias de lucha por el progreso y por la libertad.

Este hecho esencial, camaradas, es que al lado de aquellas obras bienhechoras iba con sus uniformes, sus espadas, sus leyes y sus imposiciones, el mayor corrosivo de la vitalidad humana: la autoridad.

Por esto nosotros nos llamamos libertarios, porque sabemos que no es posible el verdadero progreso ni la felicidad en la tierra si no disfrutan los hombres de la libertad. Actualmente tenemos en Italia, los continuadores de las costumbres romanas de deportes y violencias con el espíritu más retardatorio que ha registrado en la historia de los pueblos este mal engendro que llamamos el fascismo.

Por esto queremos niños libres al lado de hombres y mujeres libres. Por esto nosotros, que somos antirreligiosos, hemos tenido que imitar a aquel gran libertario, también anarquista, Jesucristo, que tuvo que sacar de los templos a los niños que los falsos comerciantes y vendedores que hablaban profanado y tergiversado sus santas doctrinas.

Nosotros también hemos tenido que arrancar los violentamente de sus covachas porque continuaban la obra de perversión y de soborno que les habían merecido tales castigos ya en aquellas remotas épocas, porque predicaban la fe en un Dios que burlaban y hacían servir de bastidor para sus eternos embustes y erimones, porque predicaban la humildad y ellos vivían entre el orgullo y el desenfreno, porque predicaban la castidad y ellos fomentaban la perversión sexual, porque predicaban la caridad para vivir de ella, porque predicaban la nobleza y desinterés y ellos pedían continuamente y hacían pedir por esclavos, las monjas de todas categorías, para niños asilados descalzos que ellos tenían acumulando el oro y los valores debajo de las piedras de las iglesias y catedrales, debajo aquellas piedras duras, muy duras, pero no tan duras como su pervertido corazón.

Hemos sentido, camaradas, la primera piedra de la nueva sociedad que os hemos predicado durante años los anarquistas, pero queremos que sea esta primera piedra tan sólida y resistente que ni los pelizos de los enemigos ni la acción del tiempo pueda carcomerla y que pueda sostener victoriosamente esta bandera roja que veis ondeando por el aire de estos jardines, no por ser un pedazo de trapo ni una bandera, sino porque representa la sangre y el dolor que sentimos ante tanta infamia y do tanta sangre que derramamos generosamente para que por primera vez en el mundo, en este pedazo de mundo que llamamos la Península Ibérica, puedan ser una realidad aquellas tres sagradas palabras que ya mencionaban al establecer los derechos del hombre en la Revolución francesa: Igualdad, Fraternidad y Libertad. He dicho.

Seguidamente el compañero que presidió dirigió nuevamente la palabra al público, que recogió nuestras enseñanzas con una emoción y paciencia que nos hace prever nuevas etapas de prosperidad y felicidad. En pocas palabras: un día de gloria para la C. N. T. y un paso más hacia el Comunismo Libertario.

Torelló, fin de septiembre de 1936



Hacer fabrica círculos, calzas y avinas. Hacer despidos en compañías. Hacer quiere atacar a los Soviets para terminar de acabar al pueblo alemán